

distinguido! Suple con humilde confusión lo que te falta de devoción y amor; haz propósitos de reformarte en esto, y para alcanzarlo, pide la gracia que necesites, y ruega por todas tus obligaciones y por las de todos aquellos que te han recomendado.

23. — CONSAGRACIÓN DEL CÁLIZ.

PRELUDIO 1.º Después de la consagración del pan, Jesús consagró el vino, convirtiéndole en su preciosísima sangre.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesucristo consagrando el cáliz.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de conocer las grandezas encerradas en el cáliz de la sangre de Jesucristo.

Punto 1.º *El cáliz consagrado muestra la infinita caridad y omnipotencia de Cristo.*— Considera cómo Jesucristo, después de la consagración del pan, tomó en sus manos un cáliz de vino y convirtiéndolo en su sangre, diciendo: «Este es el cáliz de mi sangre, del nuevo Testamento, que por vosotros y por muchos será derramada, en remisión de los pecados». En las cuales palabras resplandecen primeramente la infinita caridad, liberalidad y omnipotencia del Señor, el cual quiso poner toda su sangre, sin dejar una sola gota en el cáliz, para nuestro regalo y sustento. Basta, sin duda, para nuestra santificación que en el cáliz estuviera tanta cantidad de sangre cuanta era la del vino, ó una sola gota de ella; pero no quiere sino que esté allí toda la sangre de sus venas, la que entonces tenía, y ahora tiene en su cabeza, corazón y brazos, y en todo su cuerpo, dándonosla toda generosamente, sin dejar nada, mostrando en esto su amor y largueza, y convidándonos para que nosotros también le demos toda nuestra sangre, si fuese menester, para su servicio. Mas, no se satisfizo con esto la caridad del Señor, porque, no sólo quiso darte la sangre, sino la vasija preciosísima en que está. Como si un príncipe convidase á beber con un excelente vino en una taza sembrada de piedras muy preciosas, y dijese: «Toma el vino y también la taza», así este divino Señor te da su preciosa sangre y también la copa ó vaso en que está, que es sus venas, su carne y cuerpo santísimo, con su ánima y divinidad, para que todo sea tu comida y bebida. Pero, para la atención en la palabra *mei*, de la sangre mía, no ajena, sino propia; en la cual se ve su caridad, bien diferente de la de los reyes de la tierra, los cuales beben la sangre ajena de sus vasallos, y de ella hacen liberalidades, y á costa de ella defienden sus tierras, y conquistan las ajenas; pero Cristo nuestro Señor con su sangre preciosa da de beber á sus vasallos, de ella hace franquezas y liberalidades, y con ella gana tesoros y reinos para ellos. ¡Oh Rey soberano, no tirano, sino Padre, y Padre amantísimo, que con la sangre de vuestras venas dais la vida y sustento á vuestros vasallos é hijos, para que todos seamos

de vuestra real sangre, haciéndonos, como dice san Pedro, «linaje escogido, real sacerdocio, gente santa!» ¡Oh! ¡Sitodo el pueblo cristiano conociera su linaje y sangre, y se preciase de ella, bebiendo vuestras santas y generosas virtudes! ¡Oh! ¡Si á lo menos reconociera y agradeciera yo vuestras infinitas misericordias! ¿Qué os daré, Señor, en retorno de tales y tantos beneficios?

Punto 2.º *Jesús, con su sangre, confirmó su nuevo Testamento.*— En este punto puedes considerar cómo Jesús llamó al cáliz de su sangre el nuevo Testamento, porque con ella quiso confirmar las promesas y legados que en él hizo á los hombres. Pondera la excelencia del nuevo Testamento sobre el viejo, porque éste estribaba en sangre de animales, en cuanto figuraban la sangre de Cristo; pero el nuevo estriba en la misma sangre de Cristo, en la cual está fundado, establecido y confirmado. Jesucristo, en la noche de la Pasión, hizo su Testamento con muchos legados y promesas de infinito valor, porque abrazan todos los tesoros de gracia y gloria que tiene Dios, para repartir con sus escogidos. En este Testamento te prometió perdón de los pecados y, por consiguiente, de las penas merecidas por ellos. Prometió también la gracia y adopción de hijos de Dios, con la caridad y todas las virtudes y dones del Espíritu Santo, y la herencia del cielo, que es la eterna bienaventuranza; y que oíría tus oraciones, y asistiría contigo á tus trabajos, para ayudarte en tus obras. Y de todas estas promesas y legados quiso que esta sangre fuese la firmeza, prendas, arras, escritura y carta de privilegio, por la cual has de cobrar lo que Cristo te ganó, y lo que te prometió y dejó por legado en su Testamento. Demás de esto, en el mismo Testamento te dejó Cristo nuestro Señor grandes avisos y consejos, el nuevo mandato del amor de unos con otros, la observancia de sus preceptos, y lo que pertenece á las obras de humildad, paciencia y perfección cristiana. Para todo esto vale la sangre de este cáliz, y por ella alcanzas fuerzas para cumplirlo, procurando, como dicen, tener sangre en el ojo, y preciarte de ser siempre valeroso en su servicio. Teniendo todo esto presente, cuando dices misa, ó la oyes, ó comulgas, has de ofrecer confiadísimamente esta sangre al Padre eterno, para alcanzarlo. ¡Oh Padre eterno! La sangre de este cáliz preciosísimo os ofrezco y presento como escritura y señal del testamento de vuestro Hijo, en el cual me prometió que me daríais lo que pidiese; y pues Vos sois el testamentario, cumplid en mí su testamento, concediéndome lo que os pido. Dadme vuestra gracia copiosa, que borre mis pecados y me llene de virtudes; vuestra fortaleza, que me ayude á seguir los consejos que me dió vuestro Hijo, hasta la muerte. ¡Oh alma devota! Teniendo esta sangre divina que clama misericordia, ¿desconfiarás de poder alcanzarla? ¿No te aprovecharás de su eficacia?

Punto 3.º *La sangre de Cristo es la que nos lava de los*

pecados.—Considera en este punto lo que Cristo nuestro Señor dijo de su sangre á los Apóstoles, esto es, que por ellos y por muchos se derramaría en remisión de los pecados. Dice que será derramada por ellos, para moverlos á compasión y dolor, y también á grande amor y agradecimiento, como quien dice: «Mirad que os doy la misma sangre que tengo de derramar con graves dolores, no por mi causa, sino por la vuestra y por vuestro remedio. Compadeceos de Mí que la derramo, y amadme, pues tal es mi amor». Y como dijo aquella palabra, «por vosotros», porque hablaba con muchos, pudiera decir á cada uno: «Esta es la sangre que derramo por ti», y así puedes imaginar que te lo dice. Demás de esto, dice que será derramada por muchos, esto es, por todos los hombres del mundo cuanto á la suficiencia, y por muchos, cuanto á la eficacia y fruto que de ella sacarán. Y en este cáliz se pone para todos aquellos por quienes se derramó, y hace mención de esto, para que conozcas su largueza infinita; pues no hay hombre en el mundo por quien no haya derramado esta sangre, y á quien no convide con el fruto de ella, aunque sea un esclavo y la hez de la tierra. Por fin, añade que se derramará en remisión de los pecados, sin poner tasa alguna, ni en el número ni en la gravedad; porque no hay número tan crecido de pecados, ni pecado tan grave y abominable, que por la virtud de esta sangre no se pueda perdonar; hasta los pecados de los sayones y verdugos, que con crueldad endemoniada la derramaron, pudieron ser perdonados por ella, porque por ellos se derramó, y si ellos quisieran, fácilmente alcanzarán perdón. ¿Cómo es que, disponiendo de tan precioso baño, nuestra alma está manchada de culpas? ¿Cómo podemos y debemos purificarnos de ellas? ¡Oh sangre preciosísima del Cordero Jesús, en cuya virtud todos podemos lavar y blanquear nuestras estolas, limpiando nuestras almas de las manchas de nuestros pecados! Lavadme, blanqueadme, limpiadme y hermoseed mi alma, quitando de ella las fealdades de la culpa, y adornándola con las virtudes de la divina gracia.

Epílogo y coloquios. Digna es de toda alabanza y agradecimiento la generosidad infinita que con nosotros usa el divino Salvador, al darnos su sangre preciosísima bajo la especie del vino. No se contentó con darnos una gota de ella, la cual, como sangre de Dios, hubiera sido suficientísima para santificarnos y perfeccionarnos; nos la da toda, sin dejar una sola gotita, y con ella nos da el vaso en que está contenida, que es su carne y cuerpo sacratísimo. ¡Cómo resalta esta generosidad de Cristo si la comparas con la de los reyes de la tierra! Éstos derraman la sangre de sus vasallos, para defender sus tierras y derechos; Él la derrama para defender y enriquecer á los suyos; aquéllos viven y se regalan á costa de la sangre de sus súbditos, y con ella hacen generosidades; Éste da toda su sangre para comunicarles

la vida, y regalarles, y llenarles de alegría y felicidad. ¡Qué sentirían los Apóstoles al oír á su divino Maestro que su sangre sería derramada por ellos! ¡Cómo brotarían de sus agradecidos pechos suspiros vivos de amor, y de sus ojos, ardientes lágrimas de ternura! Imagínate que te dice lo que á ellos, porque es verdad que también por ti ha sido derramada esta sangre divina. ¿Qué exige de ti tal caridad y misericordia? Mayor es sin comparación esta gracia, si se medita lo que ha motivado tal derramamiento. No la ha vertido por darte un reino temporal, ni por hacerte feliz en este mundo; esto hubiera sido indigno de la majestad infinita de Dios. El perdón de los pecados, el adorno de las virtudes, las riquezas espirituales, los bienes de la gloria: esto ha deseado merecerte Jesús al derramar su sangre divina. ¿Será posible que tú, olvidado de estos bienes, te afanes torpemente por las cosas materiales y por las efímeras grandezas mundanas? ¿Cómo lo hiciste hasta ahora? ¿Quién sabe si en la misma sangre de Jesús buscas un lucro temporal? Medita atentamente la largueza y desprendimiento de Jesús, y tu mezquindad y afición á la tierra; propón reformarte, y pide por ti, por todos los sacerdotes y por el mundo entero.

24.—ESPECIES SACRAMENTALES.

PRELUDIO 1.º Jesucristo quiso quedarse bajo las especies de pan y vino, y no de otra cosa visible; pero dispuso por fines altísimos que la conversión en su cuerpo fuese invisible.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesucristo instituyendo el divino Sacramento.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la humildad y demás virtudes que te enseña Jesús en este hecho.

Punto 1.º Causas por qué se quedó Cristo bajo dos especies distintas y no bajo una sola.—Considera las causas por qué instituyó Cristo nuestro Señor este Sacramento en dos especies distintas de pan y vino, poniendo en la una principalmente su cuerpo, y en la otra su sangre, supuesto que verdaderamente con el cuerpo está la sangre, y con ésta el cuerpo, haciéndose compañía. Una de las causas fué para mostrarte que el convite que te hacía era perfectísimo; y, así como en los convites de la tierra hay comida y bebida, así también la hubiese en este convite celestial, aunque por su infinita excelencia con lo uno está junto lo otro; y cualquiera parte de él juntamente harta nuestra hambre y satisface nuestra sed, por lo cual has de darle infinitas gracias, gozándote de que sea tan perfecto en todas sus obras. Otra causa más principal fué para significar que su sangre preciosísima estuvo toda separada de su cuerpo en la Pasión, derramándola por nuestros pecados con dolores y tormentos gravísimos. Y así, cuando oyes Misa y ves alzar primero la sagrada hostia y después el cáliz, has de acordarte de este apartamiento

tan doloroso, ponderando cómo en aquel cáliz está recogida toda la sangre que el Señor derramó la noche y día de su Pasión en cinco veces; á saber: por el sudor, azotes, espinas, clavos y lanzada. Y discurrendo por cada una, puedes hacer coloquios con su Majestad con afectos de amor y agradecimiento, de dolor y arrepentimiento de los pecados, pidiéndole al propio tiempo que te libre de aquellos males y te conceda aquellos bienes que con ella quiso merecerte. ¡Oh amantísimo Jesús! Yo os alabo y glorifico, porque os dignasteis depositar en el cáliz toda la sangre que derramasteis en vuestra Pasión con tanto dolor, para que yo con gozo disfrutase del perfectísimo convite que me preparasteis antes de ella. ¿Qué os daré por tan grande beneficio, sino ofreceros esta misma sangre, en este cáliz de mi salud, glorificando con él vuestro santo nombre? Y tú, alma devota, ¿has visto cuán perfecto es el convite que te ofrece Jesús? Si Él consintió que por tu amor fuese separada su sangre del cuerpo, ¿cómo no consientes tú en separarte por amor suyo de las cosas que amas?

Punto 2.º *Causas por qué la conversión se hace invisiblemente.*— Considera cómo, pudiendo el Señor hacer que la conversión del pan y vino en su cuerpo y sangre fuese visible, no quiso sino que se hiciese invisiblemente, quedando los accidentes de pan y vino para encubrirle. Esto dispuso á fin de alentar, por una parte, tu confianza y darte ánimo y atrevimiento para tocarle y comerle, porque si no estuviera así disfrazado y encubierto, no te atreverías de seguro á ello, y, por otra, para darte un nuevo y continuo ejemplo de humildad y heroica paciencia. Porque, así como en la encarnación, siendo Hijo de Dios, se humilló, tomando forma de siervo, encubriendo la alteza de su divinidad con la bajeza de su humanidad, por razón de lo cual fué de muchos desconocido, despreciado y maltratado, como si fuera puro hombre, así en este Sacramento, el que era juntamente Dios y hombre verdadero, quiso humillarse á tomar aquella figura exterior de pan y vino, y encubrir con ella la alteza de su divinidad y humanidad, por razón de lo cual es también de muchos desconocido, despreciado y maltratado, y á veces pisado, como si fuera puro pan y vino; lo cual sufre con gran paciencia, sin dar muestras de venganza, por ejemplo de los hombres. Además de esto, quiso que tuvieses un nuevo y continuo ejercicio de heroica fe, negando todos tus sentidos y los discursos que de ellos saca el entendimiento, rindiéndole y cautivándole á lo que la fe te dice. Por lo cual este divino Sacramento es llamado misterio de fe por excelencia. Y así, cuando oyes Misa, ó comulgas, ó entras en la iglesia, en donde está este adorable Sacramento, debes ejercitar fervorosos actos de fe, creyendo firmísimamente que, aunque tus ojos vean color de pan, tu olfato olor y tu gusto sabor de lo mismo, allí no hay pan, sino el cuerpo

del Señor. ¡Oh Salvador dulcísimo! Ilustrad mi entendimiento, como ilustrasteis el de los Apóstoles, para que con viva fe conozca la infinita hermosura que está allí encerrada, y sea confortado con el olor suavísimo de vuestra humildad y demás virtudes, y sustentado y recreado con la dulzura de vuestros deleites. ¡Oh alma! Aviva tu fe, creyendo que Jesús está en el Sacramento, y al verle tan humillado, confúndete de ser tan soberbia, y mira lo que debes hacer para quitar de ti tal vicio.

Punto 3.º *Causas por qué se quedó Jesús bajo las especies de pan y vino.*— Considera aquí las causas por qué quiso Jesús quedarse debajo las especies de pan y vino, y no de otra cosa sensible. La primera fué el deseo que tenía de juntarse contigo, no solo espiritualmente, en cuanto Dios, sino corporalmente, en cuanto hombre, con la mayor unión que era posible; porque no hay cosa que así se junte con el hombre como el manjar y bebida, la cual no se pega sólo por defuera, sino entra por la boca, y penetra las entrañas, y allí se pega con ellas; y como el amor es unitivo del que ama con la cosa amada, quiso el amantísimo Jesús, no sólo quedarse cerca de nosotros, sino entrar dentro de nosotros, y con esta unión sacramental causar la unión espiritual del verdadero amor. Otra causa fué para significar que por medio de este Sacramento obra en el alma los mismos efectos que el manjar corporal causa en el cuerpo; porque con su presencia y con la gracia que le comunica, sustenta, conserva y aumenta la vida espiritual; da fuerzas y alegra el corazón; resiste al calor perverso del amor propio, y repara los daños que por él nos vienen; y finalmente nos hace semejante á sí, imprimiéndonos sus virtudes y propiedades, cumpliéndose lo que dijo: «El que me come, vivirá por Mí». La última causa fué para significar que como el pan se hace de muchos granos de trigo molidos y hechos una masa, y el vino de muchos granos de uva pisados y exprimidos; así este manjar y bebida pide corazones unidos por la caridad, y se ordena para causar la unión de muchos fieles en un espíritu, y por esta causa se llama comunión, como unión de muchos entre sí con Cristo, de cuyo espíritu participan; y, si para esto es menester que te dejes moler, pisar y hollar, has de ofrecerte á ello en razón de gustar la dulzura de este divino manjar y unirte con Cristo. ¡Oh Jesús amantísimo! Vos, para uniros conmigo, para alimentarme y conservarme, y para enseñarme la caridad y unión con mis prójimos, habéis querido quedaros en el divino Sacramento bajo las especies de pan y vino. Bendita sea vuestra bondad, por la cual habéis consentido en ser pisado y hollado para hacerme tan grande bien. Yo me ofrezco á todos los desprecios y mortificaciones que Vos queráis permitir, á fin de que jamás me separe de Vos. Vuestra gracia divina, la unión con vuestra Majestad, esto os pido, y esto me basta.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán admirable, sabia y caritati-

va se ostenta la Providencia de Dios en la institución del Santísimo Sacramento! Podía quedarse el Señor debajo de una sola especie como la del pan, y quiso hacerlo debajo de la de pan y vino, para significarnos que el convite que nos hacía era perfectísimo, compuesto de comida y bebida, y para recordarnos que en la Pasión su sangre estuvo toda separada de su cuerpo. Podía imprimir en la sagrada hostia consagrada alguna señal sensible, por la cual los mismos sentidos percibiesen su real presencia, y no quiere, para humillarse profundamente, para darte un nuevo ejercicio de fe continua y heroica, y para alentarte á recibirle, estando encubierto y disfrazado. Podía, finalmente, quedarse debajo de otras distintas especies; mas escoge el pan y vino, porque esto le proporciona una oportuna ocasión de unirse íntimamente con nosotros, de alimentar, conservar y aumentar la vida de nuestra alma, y de predicarnos la unión con los prójimos. ¡Oh sabiduría de Jesucristo! ¡Cuán digna sois de toda alabanza! Al contemplar todo esto, ¿no sientes en tu alma afectos vehementes de agradecimiento, amor y deseo de unirte con Jesús? ¿No estás dispuesto á sacrificarle, á sufrir humillaciones y desprecios, á ser pisado y hollado, para conservar la unión con Jesús y con tus prójimos? ¿Cómo has obrado hasta el presente? ¿Qué harás en adelante? ¡Ay de ti, si con tan sólidos motivos no te decides todavía á amar y servir á Jesús! Resuélvete de una vez para siempre á practicar lo que te exige el amor que te ha mostrado Jesucristo; y para lograrlo, pide con fervor las gracias de que tienes necesidad y ruega por la santa Iglesia y por todo el mundo.

25.—SEIS ACTOS MISTERIOSOS DE JESÚS AL INSTITUIR el Santísimo Sacramento.

PRELUDIO 1.º Jesús, al instituir el divino Sacramento, tomó el pan en sus manos, alzó al cielo sus ojos, dió gracias á su Padre, bendijo el pan, y, partiéndolo, diólo á sus discípulos para que le comiesen.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús practicando estos misteriosos actos.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de penetrar el sentido de ellos y obrar del modo que te exigen.

Punto 1.º *Jesús tomó el pan en sus manos.*—Considera cómo Jesucristo, con un semblante exterior grave, modesto y devoto, poderoso para causar reverencia y admiración á sus discípulos, tomó de la mesa un pan en sus santas y venerables manos; y, aunque pudiera consagrarle en la mesa, quiso tomarle en ambas manos, para significar que la mudanza de este pan en su cuerpo era obra de su omnipotencia y largueza y de sus obras meritorias, figuradas por las manos. Pondera cómo es obra de su omnipotencia en cuanto Dios, y de la potestad de excelencia

que tenía en cuanto hombre, dada por su Padre; el cual puso todas las cosas en sus manos, y con ellas hizo esta mudanza tan maravillosa, de modo que El mismo tuviese á sí mismo todo entero en sus propias manos, y quedándose donde estaba, se pusiera todo entero en las manos de sus discípulos, para que le comieran. Es también esta mudanza obra de la generosidad infinita de sus manos; porque, como dice David, Dios da á todos su manjar en el tiempo conveniente, y abriendo su mano los llena de bondad y bendición; así también nos da abundantísimamente este manjar celestial, y abre ambas manos para llenarnos de bendiciones y virtudes. No puede ciertamente haber mayor generosidad que la que aquí tiene Jesús, que se le da todo entero, sin reservar nada para sí, en precio, sustento, y por compañero. Es, por fin, obra de sus manos, porque con sus merecimientos y con los trabajos de sus manos y con el sudor de su rostro ganó este pan que te da á comer; y quiere juntamente que este pan sea comida, no de holgazanes, sino de trabajadores que comen el trabajo de sus manos, disponiéndose con ejercicios de buenas obras para comerle; y después de comido, prosiguiendo el trabajo de sus manos en servirle. ¿Ves, alma mía, á tu Padre cómo trabaja para sustentarte? ¿Por qué no te aprovechas de sus sudores? ¡Oh amorosísimo Padre! ¿Quién no os amará con intenso amor, al contemplar que, para sustentar á vuestros hijos, agotáis vuestra omnipotencia y liberalidad, y, cual otro Adán, trabajáis y sudáis, para ganarles el pan con excesivas fatigas y gravísimos dolores? No permitáis, Señor, que por mi pereza y abandono me haga indigno de este divino pan, sino que, trabajando con mis manos, me disponga debidamente para alimentarme de él.

Punto 2.º *Jesucristo levantó los ojos al cielo y dió gracias á su Padre.*—Teniendo Jesucristo el pan en sus manos, levantó sus ojos al cielo, para significar que el pan que pretendía dar á sus discípulos no era pan de la tierra, sino pan del cielo y pan de los ángeles, pan sobresubstancial, dado por su eterno Padre, en cumplimiento de lo que había prometido en un sermón, cuando dijo: «No os dió Moisés pan del cielo, sino mi Padre os da pan del cielo verdadero. Yo soy pan vivo que bajé del cielo». Y así levanta los ojos al cielo, para mover á sus discípulos y á todos los hombres á que levanten allá sus corazones con afectos de esperanza, de oración y pureza, esperando recibir este manjar de nuestro Padre celestial que está en los cielos, y pidiéndosele con oración afectuosa, y disponiéndose á recibirle con pureza de vida celestial, según lo que dice la Iglesia en el prefacio de la Misa: *Sursum corda* «Arriba los corazones», á lo cual contestamos: «Ya los tenemos levantados al Señor». Procura que sean en ti verdaderas estas palabras. Pondera luego cómo dió gracias al eterno Padre por esta merced tan soberana que por sus manos hacía al mundo, en darle tal pan para su comida y sustento;

enseñándote que este pan se ha de comer con grandes afectos de agradecimiento antes y después de comerle, por lo cual se llama Eucaristía, que quiere decir *acción de gracias*. ¡Oh cuán fervorosas las daría Cristo en aquella hora! Porque si dió gracias por el pan de cebada que dió en el desierto, ¿cuánto mayores y más fevorosas las daría por este pan del cielo que da á los hombres en el desierto de este mundo? ¡Oh Redentor dulcísimo! ¡Cuán bien cumplís las promesas que nos hicisteis de darnos pan del cielo! Allá alzáis vuestros ojos, provocándonos á que levantemos á vuestro Padre nuestros corazones con encendidos afectos. Daisle tiernas acciones de gracia, para enseñarnos á agradecer un beneficio tan singular como el que nos concedéis. Obrad, Señor, en mí lo que pretendéis, para que este pan divino llene mi alma de vuestra gracia, y me encienda en deseos celestiales.

Punto 3.º *Jesús bendijo y partió el pan, y lo dió á sus discípulos.*—Considera cómo Jesucristo, después de dar gracias á su Padre, bendijo el pan con bendición de oración obradora de lo que bendecía. Nosotros bendecimos una cosa con el deseo y la oración, deseando algún bien, y pidiendo á Dios que nos le dé; pero el Señor bendijo el pan, no sólo pidiendo al Padre la conversión y transmutación que de él pensaba hacer, sino comunicándole virtud divina, é imprimiéndole un bien tan grande, como era mudarle en su propio cuerpo, y hacerle principio y causa de las bendiciones espirituales, que por su medio vienen del cielo para nuestra salud. ¡Tan eficaz es la bendición de Cristo! Luego lo partió, para significar que todos comen de un mismo pan y beben de un mismo cáliz, y así han de tener un mismo amor; pero que lo han de comer, no entero y á bulto, sino partido y desmenuzado con la meditación, considerando todo lo que está encerrado en él, que es la carne de Cristo, su ánima santísima, su sangre preciosa, su divinidad y todos sus merecimientos; y ponderar cada cosa por sí es como partir espiritualmente el pan, para comerle. Últimamente, partido el pan, diólo Jesús á sus discípulos, diciendo: «Tomad y comed, porque este es mi cuerpo». ¡Oh, qué dádiva tan preciosa, en la cual les dió todo lo que era, y lo que tenía, de pura gracia, sólo por ser amigo de dar! ¡Con qué reverencia y estima tomarían los Apóstoles aquel divino pan, ilustrados sus entendimientos con la luz interior de viva fe que al mismo tiempo el Señor les comunicaría! Sin duda no se hubieran atrevido á comerle, si el mismo Señor no se lo hubiese mandado, diciéndoles: «Tomad y comed», que fué como decirles: Tomad este pan, y mirad que no os le doy sólo para que lo beséis, adoréis y pongáis sobre vuestras cabezas, sino para que lo comáis, sin que nadie se excuse con título de humildad. ¡Oh Amado mío! ¡Quién fuera como vuestros sagrados Apóstoles, que os contemplaron bendiciendo y partiendo el pan, y lo recibieron de vuestras manos para comerle! ¡Quién

sintiera los afectos santos que embargaban sus espíritus al contemplarlos en tan misteriosas acciones! Pues que también á mí me mandáis que os coma, yo os tomaré, adoraré, y por obedeceros, os comeré, para gozar de vuestra dulce presencia. ¿Deseamos nosotros recibir á Jesús? ¿Cómo nos preparamos para tal acto?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán significativas son las acciones de Jesús en el acto de la consagración! Todas ellas son poderosas para despertar en el ánimo del que las medita fervientes afectos, y para moverle á fervorosos coloquios con el Señor. Lo primero, toma un pan en sus santas y venerables manos; ellas representan su omnipotencia, generosidad y obras meritorias; pues que á tales atributos se debe el beneficio inmenso que se ha dignado concedernos en el divino Sacramento. Levanta los ojos al cielo, de donde nos viene toda dádiva excelente y don perfecto, para provocarnos á que también alcemos la vista á aquel monte santo, del cual nos viene todo auxilio y todo bien. Da gracias á su Eterno Padre por el beneficio que pensaba hacernos, deseando suplir con quella acción de gracias la falta de agradecimiento que deplora en los hombres, y que también nosotros le acompañemos en las alabanzas que tributa á su amoroso Padre. Bendice el pan con bendición eficaz obradora de lo que significa; lo parte en pedazos para mostrar á sus discípulos que se podía partir aquel pan sin que se partiese lo que en él se contenía, y diciéndoles tácitamente que ellos también lo partiesen y desmenuzasen por medio de la meditación detenida de todas las grandezas que en él se encierran. Luego se lo entrega, mandándoles que lo coman. ¡Oh amor infinito de Jesús! ¿Quién podrá comprender tu ardor? Figúrate, ¡oh alma!, que Jesús se dirige á ti, diciéndote las palabras que á los Apóstoles. ¿Te atreverás á comer este pan? ¿Cómo está tu corazón? ¿Está dispuesto para hospedar á este soberano Rey de cielos y tierra? ¡Tan feo, sucio, pobre y enfermo como está! Di á Jesús y á la Virgen que lo preparen, y, por tu parte, resuélvete á hacer de tu parte cuanto puedas para este intento, suplicando al Señor que supla lo que te falte y remedie las demás cosas necesarias.

26.—LOS APÓSTOLES RECIBEN LA POTESTAD DE CONSAGRAR.

PRELUDIO 1.º Jesucristo dió la potestad de consagrar su cuerpo y sangre á los Apóstoles y á sus sucesores en el sacerdocio, sin ninguna limitación.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús diciendo á los Apóstoles, y á ti entre ellos: «Haced esto en mi memoria».

PRELUDIO 3.º Pide agradecimiento al Señor por tan señalada gracia.

Punto 1.º *Jesús dió potestad de consagrar su cuerpo á los hombres, no á los ángeles.*—Considera cómo Jesús, des-